

DESAPARECER DE SÍ

Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea

David Le Breton

[Traducción Hugo Castignani]. Siruela [Biblioteca de Ensayo],

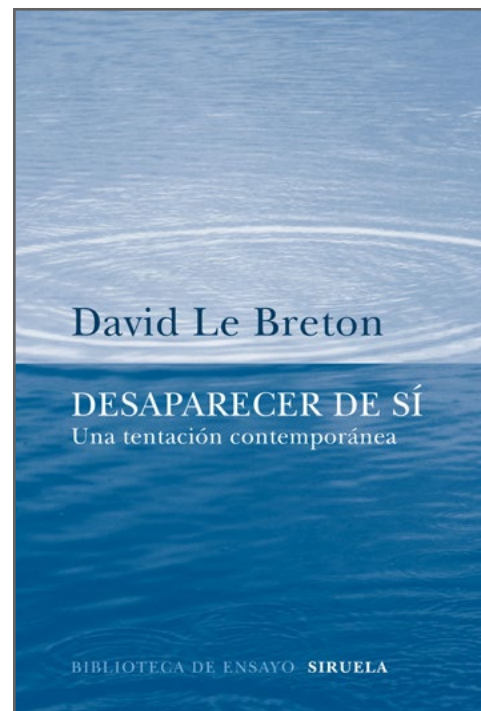
España, 2018. 200 pp.

450 páginas. \$350,00 MXP.

El autor y su obra

David Le Breton es impulsor de una línea de estudios antropológicos que aborda el tema del cuerpo humano y la construcción social y cultural de los individuos. Analiza críticamente el comportamiento de la sociedad moderna que ha convertido al cuerpo en un objeto moldeable, como accesorio del cual se puede prescindir o «salir» mediante una decisión o generando las circunstancias que orillen a su abandono.

Dos rasgos caracterizan sus análisis; uno es sostener que existe una dualidad entre el hombre y su cuerpo, lo que posibilita «salir de sí» (del cuerpo) y ser un individuo distinto. El otro es sostener que la comprensión sociológica o antropológica de las historias personales requiere tomar en cuenta la trama de elementos sociales y afectivos que constituyen al indivi-



duo y dan significado a su relación con el mundo. Estos planteamientos guían el libro reseñado.

Antecedes a este libro la mirada atenta de Le Breton a los comportamientos sociales y su profusa producción y publicación de estudios, entre los que destacan Antropología del cuerpo y modernidad, Antropología



del dolor o El Silencio; sus análisis son agudos y llenos de ejemplos de la vida cotidiana o de ficción novelada, reflejo de lo que sucede o de lo que el individuo desea que suceda en la sociedad.

Desaparecer de sí

Le Breton sostiene que a pesar de que cada día se multiplican las formas en que los humanos pueden conectarse en cualquier momento y desde cualquier espacio a velocidades inimaginables, es cada vez más frecuente la tendencia, o tentación, de desconectarse o desaparecer de sí mismos y del mundo.

Estas conductas pueden tener diversas razones en cada caso específico, pero se reducen a la búsqueda de zafarse de este mundo multiconectado, fuertemente entrelazado por los compromisos, de negarse a establecer las relaciones con la rapidez y la inmediatez que imponen las comunicaciones como exigencia para vivir en comunidad.

El cansancio y agobio que experimenta el individuo por atender a sus compromisos cotidianos, busca superarlos con el aislamiento, con desaparecerse por momentos, por días o de manera permanente, para

estar consigo mismo desvinculado de la sociedad. Como afirma Le Breton: «La ruptura de ese vínculo social aísla a cada individuo y lo enfrenta a su libertad, al disfrute de su autonomía o, al contrario, a su sentimiento de insuficiencia, a su fracaso personal.» (11)

Ante la saturación que siente por la presión social, el individuo busca provocarse un estado de ausencia, una despedida del yo para poder ser uno mismo. A ese estado Le Breton llama «blancura», un estado intermedio entre el vínculo social y la nada.

«Están en blanco», pero lo hacen sabiendo que tarde o temprano volverán a ocupar el papel que la sociedad les asigna; aunque es posible que ese estado se vuelva permanente y duradero.

Las manifestaciones de la desaparición de sí.

Existen muchos comportamientos que dan cuenta de la desaparición, además de las que se abordan en el libro, como el caso de los refugiados o exiliados, los etnógrafos o periodistas que se trasladan a un contexto y cultura diferente de la propia, o quienes deciden por la vida monástica o los que eligen la soledad. Pero



los casos que Le Breton aborda son los más representativos para acercarnos a su comprensión.

Al inicio describe la impersonalización y la indiferencia como formas en que se deja de ser persona; no colaborar en los movimientos de vínculo social, no participar en interacción alguna y ser indiferente a los acontecimientos.

Las historias que presenta Le Breton expresan la dimensión antropológica de la supresión, no como una excentricidad, sino como una manifestación radical de la libertad y del abandono de toda forma de colaboración en el seno de la sociedad. Y muestran que es posible deshacerse de sí para reinventarse como otro.

Un segundo grupo de ejemplos están referidos a maneras discretas de desaparecer como quienes se sienten atraídos por el sueño, el juego japonés el Panchinko, donde se genera una especie de autismo colectivo, y el caso de personas que reunidas en un mismo espacio se hallan sumidas en su ordenador o teléfono celular sin establecer relación alguna. La fatiga deseada disminuye la disposición al intercambio social, para volver luego a la posesión de sí después del reposo;

pero cuando la fatiga se vuelve agotamiento, la eliminación de sí se vuelve profunda y se pierde toda posibilidad de retorno.

Un ejemplo contemporáneo de agotamiento es el síndrome de Burnout, una respuesta a factores laborales estresantes, una fatiga crónica generada por las nuevas formas de trabajo guiadas por la ganancia y la eficiencia. El duelo y la depresión (hundimiento) son también experiencias donde el individuo se siente obligado a desaparecer; o el síndrome de las personalidades múltiples, donde la unidad de la persona se rompe o se fisura en diferentes personalidades, como protección o una manera de borrar pistas sobre una anterior situación desagradable.

Destaca en el libro la atención a las «Formas de desaparición de la adolescencia». Los adolescentes enfrentan la necesidad de diferenciarse y buscar identidad; hay quienes en esa búsqueda llegan a situaciones donde ponen en peligro su vida mediante conductas llamadas «de riesgo», que el joven no experimenta como tales porque no siente que vive en su propio cuerpo, está despojado de sí. Entre las manifestaciones que analiza, Le Breton



incluye el vagabundeo, que efectúan jóvenes para deshacerse de un estado civil doloroso, escaparse de situaciones molestas o dolorosas, deshacerse de su historia, de su cuerpo al que descuidan para dejar de sentirse afectados por él.

Otra forma es la anorexia; la o el anoréxico se rehúsa a colaborar con el mundo y se esfuerza por desaparecer. El estado de embriaguez se puede buscar para evitar el sufrimiento o como una forma de sobrevivir, o acudir a las sustancias psicoactivas para liberarse del peso de la identidad, en vez de enfrentar un problema real. Existe también del síncope como una experiencia de desaparición de sí y de los imperativos que lo agobian. La supresión de sí es un enfrentamiento simbólico con la muerte, con una pequeña muerte que conjura la otra muerte de la que no hay retorno. Los intentos de suicidio, que los jóvenes interpretan como la posibilidad de un sueño, y otras expresiones de la búsqueda de desaparición son, sin embargo, las que generan tranquilidad en los jóvenes pues son experiencias donde sienten control de sí.

En estas prácticas el individuo deja de estar ahí, se libera de su identidad, flota en un universo apenas consciente, da la espalda al tiempo y

a los acontecimientos para no sentirse afectado por ellos.

Le Breton analiza también la vida de las «personas mayores» o del envejecimiento, donde se presenta el entrecruce de los aspectos afectivos con los factores sociales que hacen de la desaparición de sí una tentación contemporánea.

En este periodo, las personas buscan eludir los compromisos sociales para dedicarse a lo que más les gusta. El envejecimiento depende del sentimiento de vinculación de la persona con el mundo; pero también es un proceso donde el debilitamiento físico y la merma en la salud se manifiestan, las capacidades se reducen, las enfermedades limitan sus posibilidades de movimiento y las ganas de vivir. Hay quienes logran vivir este proceso de manera tranquila e integrados a su historia; pero existen quienes viven el envejecimiento como una carga que les conduce a una desaparición progresiva de sí.

La vida en un asilo o en una institución geriátrica representa para muchos la eliminación de todo vínculo social o familiar, una ruptura con el pasado y una asunción de obligaciones y tareas carentes de perspectiva. En esos casos se presenta



el «síndrome del deslizamiento», entran en un abandono y un rápido deterioro físico. El desinterés por el mundo y la intención de borrarse adoptan formas de demencia senil, como el Alzheimer. Ese deslizamiento se va manifestando de manera paulatina con pérdidas parciales, momentos de estabilidad y vueltas a recaer. Poco a poco se va perdiendo el sentido y el sentimiento de sí hasta llegar a desaparecer o reducirse a poca cosa; faltan las palabras, se pierde el recuerdo, la atención disminuye, y los objetos y personas, aun los más familiares, dejan de reconocerse.

Le Breton analiza también los casos de desaparición tanto en el pasado como en el presente. En el pasado existían condiciones muy favorables dada la existencia limitada de documentos que acreditaran la identidad y el origen de las personas. A medida en que aparecen los documentos de identidad, el nomadismo impersonal se vuelve más difícil. En esa desaparición, el individuo busca renovar su estar en el mundo, desprenderse de lazos del pasado que por diversos motivos le representan una carga o molestia. En la literatura existen numerosos ejemplos para hablar de los casos de desaparición; no tanto porque sean reales sino porque la ficción permite

vivir durante algunas horas la tentación de desaparecer en otras personas.

Lo afectivo y lo social

Le Breton reconoce que algunas demencias se originan por una lesión cerebral, pero ésta puede ser también efecto de aquellas. Existe una dificultad para explicar el Alzheimer sólo como una destrucción de células. Hay momentos en que la lucidez reaparece y retorna la memoria. La hipótesis orgánica es muchas veces una ilusión, una forma cómoda de tranquilizarse y olvidarse de la inevitable situación. No se trata solo de una enfermedad neurológica ni de una enfermedad mental; en ella influyen factores sociales que contribuyen a una alteración con el mundo.

Al percibir formas de envejecimiento y un cansancio para asumir los compromisos cotidianos, es momento propicio para que la persona mayor induzca su ausencia, consciente o no, deje de estar afectada por lo demás y de cargar con la responsabilidad de una vida en la que siente haber perdido su sitio. Sigue en la comunidad, pero de modo distinto. El acompañamiento que realizan familiares o cuidadores durante el desapego puede neutrali-



zar el deslizamiento o relentizarlo, al hacer sentir al paciente como ser querido, restaurar su narcisismo, conservar su memoria, entre otros. Pero nada garantiza que esas acciones tengan los efectos deseados porque la persona llega, en ocasiones, a rechazar cualquier vía de retorno al vínculo social, o es ya incapaz de responder a esas expectativas.

Así como la individualidad nos permite sentirnos singulares y distintos de otros, también se ve afectada por situaciones sociales que modifican la percepción de sí mismos. La vida social solo es posible si asumimos los diferentes roles que nos asignan. Por tanto, el sentimiento de identidad es un hecho de circunstancia, según el papel que ejerzamos en ese momento. Cada individuo es los diferentes yo's de acuerdo al contexto; somos un espectro de identidades, aunque al mismo tiempo solo poseemos una vida.

Buscarse a sí mismo es una preocupación que se manifiesta fuertemente en la adolescencia, pero también la vejez cuando el individuo modifica continuamente su relación con el entorno debido a sus cambios en el estatuto social y en su estado de salud. La búsqueda de la identidad para dar continuidad a sí mismo, no

se da de forma sencilla, se presenta con fisuras. Mientras las cosas fluyen con naturalidad en la vida ordinaria y se confirma que el individuo es realmente el que es, la identidad no representa problema alguno. Sin embargo, cuando el individuo deja de reconocerse como tal y se rompe la reciprocidad con los demás, entonces el individuo está obligado a redefinirse mediante una dolorosa lucha interior.

El resultado no es siempre feliz o traumático; en ocasiones es imperceptible y la modificación del movimiento regular de la persona se desarrolla durante un largo periodo de tiempo, como es el caso del Alzheimer.

Afirma Le Breton que estamos hechos de lo imprevisible más que de lo probable; nuestras vidas se hacen tanto de oportunidades perdidas como de acontecimientos que nos jalan. Siempre tendremos un número infinito de posibilidades de ser algo diferente de lo que somos, y en ello concurren lo afectivo y lo social.

Por ello, para comprender la tentación de la desaparición de sí, se requiere tomar en cuenta los aspectos sociales y afectivos que constituyen a la persona. Hay motivos o factores sociales que nos llevan a despren-



ernos, a deslizarnos; pero hay una manifestación interna que busca esa ausencia como alternativa de vivir.

La blancura como figura de ausencia o de indiferencia aparece como una especie de reserva, de desapego, que permite el pleno goce del mundo. Es un acto de «no elegir», no en forma violenta sino con discreción; de colocar al individuo en un segundo plano que le permite deshacerse de sus roles o prerrogativas, para luego decidir si toma nuevamente su lugar en el mundo, o se decide por un lugar distinto.

Hay formas de desaparición que permiten recuperarse de la erosión provocada por el exceso de esfuerzo, por la presión de las normas y la exigencia de conductas eficientes; son un tiempo de reposo para recobrar el aliento y reencontrarse a sí mismo.

La escritura, la lectura, la creación, caminar, viajar, meditar, permiten hacer a un lado la exigencia social; lugares donde no se rinde cuentas a nadie, una supresión feliz y gozosa de sí, para reencontrar la vitalidad, la interioridad y las ganas de vivir.

Para los estudiosos de la sociedad contemporánea en cualquiera de las disciplinas humanas; para quienes orientan su profesión a intervenir en

los procesos vitales para identificar el sentido y significado de los comportamientos humanos en que se vinculan lo social y lo afectivo; y para todos los interesados en acercarse a la comprensión de la tentación propia o ajena de «desaparecer de sí», la lectura del libro de Le Breton es inevitable.

Ernesto A. Ponce Rodríguez

eponce@g.upn.mx

Universidad Pedagógica
Nacional. Ajusco, CDMX, México

